Morir a lo que nos aleja de la vida

En *Morir, meditación sobre el pecado*, san Alberto Hurtado nos invita a mirar cómo ciertas actitudes y comportamientos pueden ir apagando nuestra vida interior y debilitando nuestra relación con Dios y con los demás. Su reflexión no se limita a hablar del pecado como una falta, sino que muestra cómo este puede hacernos perder algo profundamente humano: la capacidad de amar, de cuidar, de mantener nuestros ideales y de vivir atentos a quienes nos rodean.

Hurtado describe distintas formas de esta pérdida. Habla de **morir a la belleza**, cuando dejamos que el egoísmo, la rabia o la flojera rompan la armonía de nuestra vida y nos hagan perder el impulso de elegir el bien. También habla de **morir a la delicadeza**, una actitud que se expresa en la atención a los demás, en los pequeños gestos, en el cuidado y en la disposición a hacer algo por el otro. Cuando nos encerramos en nosotros mismos, dejamos de advertir las necesidades y sentimientos de quienes están cerca: nuestra familia, nuestros amigos y las personas con quienes compartimos.

Por eso, Hurtado valora tanto la delicadeza cotidiana. No se trata de grandes acciones, sino de esa sensibilidad que nos permite estar atentos, escuchar, agradecer, acompañar y realizar pequeños sacrificios por amor. En sus palabras: **“Feliz aquel que cuando oyere la voz del Señor se levanta a tiempo y va hacia su Padre y recobra su delicadeza”.**

El autor también nos invita a preguntarnos si hemos ido renunciando a nuestros ideales, a esos deseos de hacer el bien y de construir una vida con sentido. Habla de **morir a los ideales** y a las realidades cuando dejamos de lado aquello que nos moviliza, cuando perdemos el entusiasmo y la capacidad de comprometernos con algo que vaya más allá de nuestro propio interés.

Frente a estas pérdidas, Hurtado recuerda que la vida cristiana nace de nuestra relación con Dios. Somos hijos de un Padre que nos llama a volver a Él y a vivir en amistad con Jesús. Por eso, incluso cuando reconocemos nuestros errores o sentimos que nos hemos alejado, siempre existe la posibilidad de comenzar de nuevo. La reflexión termina con una imagen de esperanza: la de un Padre que nos espera con los brazos abiertos, la de Jesús que nos ofrece su corazón y la de María que intercede por nosotros.

La invitación de Hurtado es, finalmente, a no conformarnos con una vida disminuida por el egoísmo o la indiferencia, sino a recuperar aquello que nos hace verdaderamente vivos: la delicadeza, los ideales, el amor y la cercanía con Dios. Su oración final expresa este deseo con sencillez:

“Señor, tú has venido a traer la vida, dame esa vida, dame esa abundancia de vida. Yo quiero vivir!”

Sí lo deseas, puedes leer el texto íntegro en el siguiente link